

CAPITULO XXIV.

DE LOS DESCUBRIMIENTOS QUE HICIERON LOS CAPITANES DE NUÑO DE GUZMÁN DESDE CULIACÁN ADELANTE, Y PRIMERO LO QUE HICIERON PERO PERALMINDEZ CHIRINOS Y JOSÉ DE ÁNGULO DESDE QUE SALIERON DE LA VILLA DE SAN MIGUEL, Y DE CÓMO SE SUPO EL SUCESO QUE TUVO DIEGO HURTADO DE MENDOZA: FUNDACION DEL CONVENTO DE ZAPOTLÁN Y DE OTRAS DOCTRINAS.

Fundadas ya varias poblaciones en el reino de Jalisco, le pareció á Nuño de Guzman, que veía la gente reparada de los trabajos pasados, y como se iba acrecentando la poblacion de la villa de S. Miguel, junto á Navito, seria muy del caso extender su conquista de la Nueva-Galicia y ocupar sus capitanes y soldados más veteranos en descubrimientos de nuevas tierras adelante de Culiacan, mientras que por su parte atendia al

mejor descubrimiento, digo, establecimiento de sus nuevas conquistas. Envió, pues, al capitan Pero Peralmindez Chirinos, y tambien al capitan José Angulo, quienes salieron de la villa de San Miguel tomando distintos rumbos. El capitan Angulo atravesó las serranias fragosissimas de Tapia, adonde descubrió indios feroces y sin policia alguna, inclinados á la guerra; y por parecerle aquella region inculta y no á propósito para detenerse en su reduccion y pacificacion, bajó á los llanos de Pánuco, que son los que llaman de Guadiana, y conquistó despues el capitan Ibarra y formó la gobernacion que hoy se conoce por la Nueva Vizcaya. Se hallaron en estos llanos algunas rancherías de indios desnudos y salvajes, quienes, sin cultivar la tierra ni sembrar, se sustentaban de raíces, tunas y otras frutas silvestres, sin perdonar todo género de sabandijas que podian encontrar, y de alguna caza, como de conejos y venados. No se atrevió el capitan Angulo á alejarse, por no aventurar la compañía que llevaba, viendo la tierra falta de bastimentos, destemplada y fria, y que se le habian muerto muchos caballos con las grandes heladas que le habian cogido en el tránsito de aquella tierra. Determinó, pues, volverse á la villa de San Miguel á fines de este año de 1532, y dió cuenta á Nuño de Guzman de sus descubrimientos.

El capitán Chirinos fué por la parte que riega el río de Petatlan, en busca de las Siete Ciudades, de que tenía noticia Nuño de Guzman, y de un río caudaloso que salía á la mar del Sur, que tenía cuatro ó cinco leguas de ancho. Antes de llegar al valle y provincia de Petatlan, corrió la tierra y sujetó á la Corona de Castilla trozos considerables de indios bárbaros, que peleaban valerosamente en defensa de su tierra. Venciendo, al fin pasó este capitán al valle de Petatlan, distante cincuenta leguas de Culiacan, á quien llamaron así por estar las casas cubiertas y techadas de esteras, que en lengua mexicana (que se hablaba generalmente hasta en estas provincias) llamaban *petatl*, *petate*. No había mucha gente en este río y valle: vestían géneros de algodón los naturales, ó cueros de venados adobados, y cogían para su sustento maíz, frijol y calabazas. Adoraban al sol y la luna, sin hacerles sacrificios ni ofrecerles más que legumbres que tenían de cosecha: comían carne humana, y era gente corpulenta y bien dispuesta: su color era bazo, aunque más blanco que el de los demás indios ya descubiertos, pero muy diestros en las armas del arco y la macana: usaban de una porras del palo más duro que encontraban, como el guayacan. Sujetó el capitán Angulo esta provincia con bastante brevedad y facilidad, y caminó para la que

cae al río de Tamochalá, que dista de la de Petatlan veinte leguas, y todo lo que se caminó fué entre los bosques de brasil, aunque no muy fino: en las riberas de este río había algunos pueblos que se asemejaban, en sus costumbres y fábrica de caserías, al de Petatlan, los cuales se dieron de paz.

Todos estos ríos y poblaciones caen en la costa del Sur, y así es tierra templada. El pueblo de Tamochalá, hoy Tamachula, y sus rancherías que ocupaban cinco leguas, estaban á seis leguas de distancia de la mar; y en este puesto mataron los indios al capitán Diego Hurtado, de la casa del Conde de Varalás, quien había salido con los navíos del Marques del Valle, como queda referido; y habiendo llegado al puerto de Banderas, y defendiéndoles la entrada Nuño de Guzman, pasó adelante doscientas leguas, y habiéndosele amotinado la gente de la nao San Lorenzo, como el piloto mayor Ortun Jiménez se había concertado con los marineros y muerto al capitán Becerra estando durmiendo, porque habían reñido en el viaje y Becerra estaba malquisto con todos los más de los soldados que iban en la nao, y no solo le mataron á él, sino á otros soldados, y si no fuera por el santo fray Martín de Jesús y sus compañeros que iban en la armada y los pusieron en paz, hubiera habido mayores males.

Ortun Jiménez y los de su facción se alzaron con el navío, y echaron á los religiosos en la provincia de los Mitotes, porque se lo pidieron, y juntamente á otros heridos, y despues de varios desastres se volvió á la Nueva-España; y el otro que mandaba Diego Hurtado de Mendoza siguió su viaje, y en mucho tiempo no se tuvo noticia de él, hasta que, cuando entró en estas provincias de Petatlan y Tamochalá, vieron que traía sartas al cuello de clavos y cintas, y en los brazos piezas varias de fierro en lugar de joyas de oro, porque no lo hay en aquella tierra, ni cobre ni otro metal apreciable: halláronse también algunas espadas sin guarniciones, cuchillos, y en un pueblo un pedazo de paño de Lóndres y otras cosas de Europa; y preguntada una india, que de dónde era aquello que traían, dijo que era de unos hombres forasteros á quienes los indios habian muerto. Con esta luz se hizo muy especial diligencia, y se averiguó que habian salido á tierra el capitán Diego Hurtado, con mucha necesidad de bastimentos, acompañado de quince á veinte soldados; y habiendo hallado rastro de gente, se fué el río arriba hasta dar en los pueblos de unos indios que llamaban coronados; y como iban con hambre y necesidad de descanso, se descuidaron, y estando durmiendo, los indios les quitaron la vida, sin que escapasen

más que los pocos que quedaron en la guarda del navío, y vueltos á la Nueva-España, dieron cuenta de lo sucedido al Marques del Valle.

Desde la provincia referida fueron treinta leguas, río arriba, por haber tenido noticia que habia muchas poblaciones y buena tierra. Quedóse el capitán Chirinos con la mitad de su tropa en lo mejor de la vega de Petatlan, y destacó la otra mitad, dividida en dos compañías, con los capitanes Lázaro y Cebberos (natural de Cebberos), y á Diego de Alcaraz con otro trozo de soldados le envió á descubrir por las regiones adelante de que tenia noticia. Llegaron estos capitanes á la provincia de Tzinaloa, en donde encontraron como unos veinte y cinco pueblos, bastante poblados, y en el primer pueblo un trozo de indios guerreros que los esperaban prevenidos y guardando el mayor silencio, contra su natural costumbre, siendo en semejantes ocasiones bien alharaquientos; lo que dió motivo á nuestra gente española de entrar muy recatada á ver cuál era la determinacion de aquellos bárbaros. Se conoció que éstos querian acometer; pero no se atrevian, admirados de ver gente nueva, y á su parecer de un valor y esfuerzo muy grande. Los españoles, sin divertirse en cosa alguna, corrieron la tierra para reconocerla; vieron algunos pueblos totalmente sin gente, y supieron que los

moradores de ellos se habian juntado con su Cacique, prontos á defender la entrada de su tierra. Se les envió á ofrecer la paz, la que admitieron de buena gana, y mantuvieron á los españoles con los bastimentos de su pueblo principal más de cuarenta dias, detenidos por las aguas; y á fines de Octubre pasaron el rio y anduvieron por tierras despobladas, caminando como otras treinta leguas hácia el Sur, sin hallar gota de agua por ser tierra llana y caliente, y solamente bebían agua llovediza, recogida en algunos jagüeyes. Ausentáronse los indios de los pueblos de Tzinaloa; y viendo que los españoles vivían tan prevenidos que no los podían combatir á traicion, se refugiaron en sus bosques, y se ocultaron en las espesuras. Descubrieron los nuestros otro rio, no tan poblado como el de Tzinaloa, y los indios que habitaban en sus orillas hicieron demostracion de guerra y salieron á flechar á los españoles, pero huyeron luego espantados por el ruido de las escopetas. Entró nuestra tropa en el pueblo principal, sin resistencia de la gente, la cual se conformó con estar á la vela para defenderse de los españoles en caso de algun acometimiento. Eran estos indios, en sus costumbres y modo de guerrear, como los de Tzinaloa; hacían la centinela cada cuarto de hora, poniéndose en fila cincuenta indios, uno delante de otro, con sus

arcos y flechas y con una rodilla en tierra; y todo el tiempo que los españoles estuvieron en su tierra, indefectiblemente hicieron su vela con intencion de matarlos en caso del más mínimo descuido; pero los nuestros, que observaron toda esta maniobra, no se descuidaron un punto, y pasaron el rio en balsas, prosiguiendo su marcha adelante.

Caminaron siete dias sin hallar poblado. En esta jornada, que fué de más de treinta y cinco leguas, se les murió mucha gente de servicio por falta de agua; y si no hubiera sido por unos cardones á manera de tunas que encontraron, los que cortados con las espadas destilaban mucho zumo con que se refrescaban y mitigaban en algo su sed, hubieran perecido allí todos. Al fin llegaron al rio de Yaquimi, llamado ahora Yaqui, el que vadearon sin resistencia, y de la otra parte hallaron un pueblo yermo y sin gente, del cual salía un camino ancho el rio abajo. Los batidores de nuestro ejército corrieron para reconocer la tierra, y se supo por ellos que habia adelante una tropa considerable de indios de guerra que estaban aguardando á los nuestros. Con esta noticia, fué bien ordenada nuestra gente al encuentro de los bárbaros, quienes apenas descubrieron al ejército español, comenzaron á acercarse echando puños de tierra al cielo, previniendo

do sus arcos y macanas: amenazaban, haciendo grandes visajes al acometer con furor, y llevaban por capitán un indio de buena presencia, el cual traía un ropaje sembrado de conchas y perlas, de labor exquisita, formando varias figuras de animales. Este indio capitán se adelantó, y hallándose cerca de nuestro campo, hizo con su arco una raya en tierra, la besó, hincándose de rodillas, y se levantó diciendo á los españoles no se atreviesen á pasar de aquella raya, porque si lo hacían habian de perecer todos. Hubo su conferencia amistosa entre aquel indio y el caudillo español, de que resultó alguna tregua, pero bien cautelosa de parte de los bárbaros; y como se observó en ellos movimiento de guerra, mandó el capitán español combatirlos á tiempo y disparar un grueso mosquete para atemorizarlos; no por esto se acobardaron los indios, prosiguiendo en pelear valerosamente con los nuestros. Hiriéron á una docena de soldados y mataron un caballo; de modo que á no ser la acción en campo abierto, donde pudieron los caballos correr libremente, hubiera sido muy desgraciada para los castellanos; pero con todo, salieron victoriosos, y los indios quedaron bien maltratados y dispersos. Fué á descansar nuestro ejército al pueblo, donde se mantuvo con cuidadosa prevención, pues confesaban y afirmaban los nuestros no haber halla-

do en la Nueva-España indios tan bravos y valientes.

En toda la orilla de este río había muchos pueblos: la gente que los habitaba era robusta: la lengua y costumbres, como las de Tzinaloa. No se halló oro, ni plata, ni piedras preciosas en toda aquella tierra; y por la orilla de este río corre la cordillera de montes, que nace de la principal y entra muchas leguas en la mar, formando en su remate un ancon que va á parar en la punta de Jalisco, que son más de doscientas leguas. Después que se hubo atendido al descanso de la tropa, que se curaron los heridos y se abasteció el ejército, caminó éste, río arriba, hácia una provincia que estaba destruida por las continuas guerras de los naturales de Yaquimi; y como no había pueblos de consideración y se padecía gran falta de bastimentos, convino volver á Petatlan, y llegaron los nuestros, después de haber reconocido la tierra de Culiacan, con el dolor de encontrar toda la provincia asolada, muchos castellanos muertos, y los que quedaban sin víveres y precisados á refugiarse, por los repetidos insultos de los bárbaros; en la villa de San Miguel. Su llegada les consoló mucho, y este destacamento proveyó á su descanso y á la seguridad de la villa, manteniéndose en esta rebelion con el mucho pescado que tenían los ríos cerca-

nos. Tuvo aviso Nuño de Guzman de las operaciones de sus capitanes; y habiendo dado las providencias convenientes para la pacificación de la provincia de Culiacan, salió de Compostela á fines de este año, y llegó á principios del siguiente de 1533 á la orilla de Guadalajara para ver cómo se habian compuesto, y en qué forma habian quedado las alteraciones de los indios del Teul, para donde habia dado comision á Juan de Oñate á fin de que los dejase á la obediencia del Rey nuestro señor, y asimismo las cosas tocantes á la mejor disposicion de la dicha villa, la que por várias disposiciones, digo consideraciones, mudó y asentó por entónces á Tonalá. Quedóse poco tiempo en dicho sitio la villa, y Nuño de Guzman, que pretendia hacerse Marques de la provincia de Tonalá, sentido de que la hubiesen fundado en este distrito, trató de transportarla otra vez á otro sitio. Veamos, entretanto, lo que trabajó el venerable padre fray Juan de Padilla en esta region y en la provincia de Avalos. Llegó la segunda vez este incansable operario á la provincia de Zapotlan por este año de mil quinientos treinta y tres, y residió en un pueblo llamado Temazcatitlan, y desde allí corria las provincias de Tamazula, Tuxpan y provincia de Avalos (que es Cuaulan), Amacuecan, Atoyac y Tzacolco; y habiendo llegado al pueblo de Tux-

pan, volvió á tratar de la conversion de su Cacique Cuixaloo, quien al principio no habia querido recibir la fe, porque le dijo el religioso que era necesario que él y sus vasallos dejasen las muchas mujeres que usaban tener por concubinas, y lo mismo habia hecho el calicendo Cacique de Tamazula, y así no los pudieron bautizar, ni tuvo por entónces efecto la conversion de aquellos pueblos, porque una de las cosas en que mas trabajaron los religiosos primitivos, fué en quitarles la inveterada costumbre de la poligamia, en que tuvieron bien que hacer para reducirlos á la monogamia, esto es, á que se contentasen con sola una mujer, mediante el sagrado vínculo del matrimonio. Y aunque habian estado poco despues de la predicacion del venerable Fr. Juan de Padilla, otros religiosos, como fué nuestro venerable fundador Fr. Martin de Jesus, cuando desembarcó en Motines, como queda dicho, nunca lo habian podido conseguir, especialmente por ir de paso discurriendo de unas partes á otras, contentándose por entónces con predicarles y darles á conocer el verdadero Dios, aguardando mejor ocasion como ésta que Dios habia reservado para aquel santo varon Fr. Juan de Padilla, á cuya solicitud se debe la fundacion de muchos conventos en toda aquella tierra, y consiguió la conversion de estos Caciques, por haber hecho

asiento en sus distritos, y haber tratado de espacio de la conversion y bien de sus almas, porque era verdaderamente un grande operario, y destinado del cielo para apóstol de aquella viña. Viendo pues este varon apostólico que no podia conseguir su intento con el Cacique de Tuxpan y sus vasallos, se volvió á Temaxcatitlan, y allí se detuvo, y juntó todas las rancherías de indios en un puesto que llaman Tzapotlan Tlayolan, que es ahora donde se llama Zapotlan el Grande, (*) y allí fundó un convento pequeño, del cual salian los religiosos á predicar el santo Evangelio y instruir en las cosas de nuestra santa fe católica á los indios de los pueblos y provincias circunvecinas, de suerte que al fin venció la constancia de nuestros ministros evangélicos la porfiada renuncia del sobredicho Cacique de Tuxpan y de sus vasallos, que abrazaron la fe con sinceridad, y despues de haber recibido el santo bautismo quedaron los de Tuxpan muy aficionados á la doctrina de los religiosos del convento de Tzapotlan y la reconocieron hasta el año de 1536, que era Cacique D. Juan Cuitlaxile, en cuyo tiempo pasó por Colima un capitán que se presume seria Francisco Cortés de San Buenaventura, que volveria á reconocer lo conquistado por él, y llevó

(*) Fúndase el convento de Zapotlan el Grande.

consigo un clérigo y un religioso de nuestra Orden, de cuyo nombre no se hace mencion, y solo se sabe que habiendo conferido dicho capitán sobre si encargaria la doctrina del pueblo de Tuxpan al dicho clérigo ó religioso, los naturales no quisieron recibir al clérigo, por estar bien hallados con los religiosos de San Francisco, sino al dicho padre religioso, al cual nombraron con titulo de presidente en sus memorias, y así debia ser segun las leyes de nuestra seráfica religion, pues no se habia erigido todavía la Custodia de Michoacan y Jalisco, y por las distancias y pocas proporciones de enviar religiosos en competente número para morar en estas nuevas fundaciones, que pertenecian á la Custodia del santo Evangelio, no habia institucion de guardianes, bien que era fácil el equívoco de estos títulos para los que ignoraban nuestras constituciones; y así vemos en los autos de residencia del señor D. Vasco de Quiroga, mentados de guardianes unos religiosos que no podian ser sino presidentes en caso de ser superiores de algunos de aquellos primitivos conventos. (*) Este religioso presidente á su doctrina y enseñanza, independiente del convento de Tzapotlan hasta que fué por primer guardian el padre Fr. Juan de Padilla, llevando en su com-

(*) Doctrina de Tuxpan.

pañía al padre Fr. Francisco de Pastrana, religioso lego, y este bendito padre estando en Zapotlan, acudia á la conversion de la provincia de Amula y Zapotitlan y á las de Colima. Fueron estas provincias sujetadas por los reyes de Michoacan á sus dominios cuando llegó D. Fernando Cortés con los suyos á México; era Cacique de la provincia de Amula, Hopey, y le vinieron á dar guerra los tarascos enviados por el rey de Michoacan, y murieron en diversos encuentros muy sangrientos los más de los moradores de esta provincia de Amula ó Amola y Zapotitlan que es lo mismo, logrando los tarascos muchas victorias contra esos pueblos, que eran sus enemigos mortales, y los llegaron á reducir. Llegó despues el capitan Gonzalo de Sandoval á Colima, y se valió de los naturales de esta provincia para conquistar y castigar los de la provincia de Colima, que hicieron mucha resistencia y mataron á muchos de nuestros españoles: fué enviado, como se ha referido, á apaciguarlos porque ántes habia huido afrentosamente el capitan Juan Alvarez Chico, despues de haberlos alborotado y sido el primero que los conquistó. El Cacique de Amula, que con sus tropas auxiliares ayudaba á Gonzalo de Sandoval, pereció en Xicotlan, pueblo de Colima, gobernado por un Cacique llamado Tzomo, que dió bien que entender á nuestros

españoles. Estos indios de la provincia de Amula ó Zapotitlan ayudaron con mucha lealtad, proveyendo de gente y bastimentos al ejército de Gonzalo de Sandoval, todo el tiempo que duró la guerra, y así fueron el nervio y la prosperidad de este capitan, que pacificó la provincia de Colima. Recien conquistada esta tierra, que cae á la mar del Sur, fué á aquellas provincias el capitan Francisco Cortés de San Buenaventura, y habiendo llegado á la provincia de Amula le recibieron de paz, y dejó al capitan Chavez para que cuidase de su gobierno, y él pasó con su ejército á Autlan: despues el año de 1533, en el tiempo del gobierno de Hernando de Arias, llegó á aquella provincia el venerable padre Fr. Juan de Padilla: en el mismo año que volvió á entrar, predicó á los naturales de esta provincia, y los fué catequizando y bautizando, yendo y viniendo á Zapotlan, donde tenia su asistencia, y peregrinaba á las otras provincias referidas. Derribó sus idolos, erigió templos y los instruyó, y los puso de suerte que á los fines de dicho año, en que ya era corregidor Gonzalo Moreno, comenzaron todos á reconocer la iglesia que tenia fabricada, aunque pobre y humilde en Zapotlan (*), teniendo particular aficion á las cosas del culto divino, y más con el auxilio

(*) Primera iglesia de Zapotlan.

de un español que acertó á llegar allí, llamado Juan Montes, muy inteligente en la música, el cual á persuasion y ruegos del venerable padre Padilla les comenzó á enseñar el canto eclesiástico, y el pueblo donde este varon apostólico hizo la iglesia y bautizó á muchos de estos naturales, se llamaba Mochitla, que dista dos leguas escasas del pueblo de Zapotlan que ahora está arruinado y despoblado, y los indios que quedaron porque fueron muchos, acudian á bautizarse al pueblo de Zapotlan, donde residia el venerable padre Fr. Juan de Padilla, y de la misma manera acudian los de las otras provincias de Tamasula y la de Avalos, y andando el tiempo la de Autlan y Tenamaxtlan, como se verá en el discurso de esta historia. El pueblo de Cauilan ó Zaulan fué visita de Zapotlan desde que el venerable padre Padilla fundó aquel convento, quien con el padre Fr. Francisco de la Campa, digo, de Pastrana, religioso lego, convirtió á estos indios á nuestra santa fe, habiendo andado mucho tiempo entre ellos y no ménos hizo el venerable padre Fr. Miguel de Bolonia, como se dice en otras partes de esta Crónica, que despues sucedió en la guardiana de Zapotlan al padre Padilla, y prosiguió en la conversion y administracion de dichas provincias, y en la de Cauilan, siendo Cacique de este pueblo D. Hernando Cuau-

toma. De Zapotlan acudieron tambien estos benditos padres á la conversion de los naturales de Tzacualco, y los ministros que despues les sucedieron, si bien es verdad que como no tenian religiosos de asiento que cuidasen de ellos, no tenian permanencia, hasta que fundado el convento de Etzatlan, el padre Fr. Antonio Cuellar acudió con efecto, y de pié, á su conversion, y fueron visitados de aquel convento hasta que lo hubo en Amacueca. Estas noticias, como sacadas de las memorias antiguas de los indios de aquellos parajes, y del Becerro antiguo de mi santa Provincia, que tuvo á mano sin duda, y recopiló el padre cronista de Jalisco Fr. Antonio Tello, tengo por verdaderas y por eso las he insertado aquí, segun están en su manuscrito que he leído, para dar órden y claridad á la serie de las fundaciones de los conventos de aquella Provincia, que entonces pertenecia á la Custodia del Santo Evangelio de México, y despues á la Custodia de Michoacan hasta la division que se hizo entre ambas provincias de Michoacan y Jalisco.